

cuidado los ratoncillos de nuestras escuelas con los gatos de la ciencia moderna!

No, la falta de fe no prueba nada contra la fe, ni aun cuando se presenta escudada por la ciencia. Lo único que prueba es que se puede ser muy sabio por un concepto, y por otro muy ignorante.

Sobre esta última observación llamo muy particularmente la atención de los jóvenes que tienen la desgracia de tener por maestros á hombres de mérito, pero sin religión. Que procuren no confundir lo que es esencialmente distinto, el saber natural y el saber sobrenatural, la ciencia humana y la ciencia divina, el sabio y el cristiano. Honremos la ciencia; nada hay más legítimo que esto; pero compadezcámonos, como lo merece, su ignorancia religiosa, y si tiene la desgracia de ser impío, detestemos su impiedad porque es detestable.

¡Cuán grande es la responsabilidad, ante Dios y ante la familia, de un maestro de error, que únicamente se sirve de la ciencia, ese don sublime del Hacedor, para apartar de Dios á una juventud demasiado confiada.

XXI

Por qué las ciencias exactas falsean á menudo el criterio y alejan de la fe.

Llámanse ciencias exactas á todos los conocimientos que son susceptibles de una demostración matemática. Todas las ramificaciones de las matemáticas son cien-

cias exactas; fuera de las matemáticas no veo que existan otras ciencias exactas.

Pero no hagamos jugar el vocablo. Toda ciencia verdadera es *exacta*, porque exactitud y verdad son una misma cosa. Toda verdad claramente fijada, de cualquier orden que sea, es un conocimiento *exacto*. Muy á menudo se contentan los hombres de fórmulas y de frases: esta sola denominación de *ciencias exactas*, de *verdades absolutas*, aplicada sólo á los conocimientos matemáticos, induce á una porción de espíritus superficiales á creer que las matemáticas tienen un privilegio de verdad de que están excluidas las demás ciencias; que un conocimiento, para que sea absolutamente verdadero, tiene que demostrarse matemáticamente; y que los matemáticos son por excelencia los hombres de la verdad, superiores por lo tanto á los demás hombres. Los mismos matemáticos abrigan con harta frecuencia esta convicción; con harta frecuencia son tercios, absolutos, mordaces, y con harta frecuencia también se creen infalibles. Todo esto es soberanamente ridículo y absolutamente falso. No es difícil el comprenderlo.

La inteligencia humana es *una*; ella distingue la verdad por medio de esa luz absoluta, soberana, superior á toda prueba, que se llama *la evidencia*. Cuando una verdad es en realidad *evidente*, la inteligencia debe admirarla, so pena de ser tildada de locura. Todo hombre, sabio ó ignorante, que no quiera admitir una verdad evidente, será tenido por loco. Lo que es evidente,

es absolutamente cierto; la evidencia es, como dicen los filósofos, el criterio de la certeza. Esto todo el mundo lo admite.

Mas ved ahí por dónde pecan gran número de matemáticos. Habitados á nutrir su espíritu únicamente con abstracciones y demostraciones matemáticas, se van haciendo paulatinamente incapaces de comprender y respetar los demás ramos de los humanos conocimientos. Es que en ellos los sentimientos acaban por consumirse ó debilitarse.

Alimentándose con azafrán, acaban por volverse completamente amarillos, por no comprender más que lo amarillo, por no apreciar sino lo que es amarillo; todo lo que no es amarillo, para ellos nada es. Por lo demás, y eso nada tiene de extraño, este es el escollo intelectual de casi todos los hombres especiales.

Para los matemáticos, perdidos en la aparente sublimidad de sus abstracciones y de sus concepciones que se remontan á cierta altura á que es difícil seguirles, hay además otro escollo no menos temible: el del orgullo. Tiénense fácilmente por inteligencias de gran potencia, porque en efecto se requiere cierta fuerza de concepción y de memoria para seguir determinadas series de demostraciones abstractas; se creen superiores á los demás hombres, porque tienen cierta superioridad que de ningún modo impide el que bajo otros conceptos, mucho más importantes, se hallen en completa inferioridad. Y este orgullo, unido al escollo inherente á la índole misma de sus estudios, es el verda-

dero motivo de que los matemáticos, con mayor frecuencia que los demás, pierdan la fe y el buen sentido.

En los jóvenes hay todavía un nuevo motivo que es fácil adivinar: esas feroces matemáticas, á pesar de toda su sublimidad, dejan completamente libres las pasiones. Es una religión muy cómoda la de las cifras y de los signos, de los cálculos infinitesimales, del álgebra y el análisis.

La evidencia matemática produce *la certeza matemática*; nadie pretende negar la realidad de esta certeza. Es absolutamente cierto que dos y dos hacen cuatro; que los tres ángulos de un triángulo son iguales á dos ángulos rectos; que lo que está matemáticamente demostrado es verdadero. Pero al lado de esta fórmula de la certeza y de la evidencia hay muchas otras tan importantes y tan reales como aquellas, y esto es lo que muy á menudo se olvida en el país de las matemáticas. Por ejemplo: existe la evidencia y la *certeza de los sentidos*. Cuando os acercáis á mí, y nos hablamos, y nos vemos, y nos estrechamos la mano, estoy tan absolutamente cierto de este hecho, de esta verdad, como lo estoy de que dos y dos son cuatro. Esto es *evidente*, está fuera del alcance de toda demostración; es una *verdad absoluta*. Y sin embargo, esta verdad es de un orden totalmente distinto del á que pertenece la verdad matemática.

Lo mismo pasa con la *verdad histórica*: es absolutamente cierto, es evidente que á principios de este siglo

existió un Napoleón I, que hizo tal y cual campaña y que ganó tal y cual batalla; que existieron Luís XIV, Enrique IV, San Luís y Carlo-magno, que fueron poderosos soberanos y que llevaron á cabo tales ó cuales acciones que ilustraron su reinado; que en el siglo IV hubo un gran Doctor nacido en Africa y llamado Agustín, y en Milán otro gran obispo llamado San Ambrosio, y que fué contemporáneo de San Agustín; que la Religión fué predicada en el mundo por San Pablo, San Juan, San Pedro y los demás Apóstoles; que César, Platon, Sócrates, Alejandro y otros han hecho lo que la historia cuenta, etc. Estos son hechos ciertos, y por consiguiente verdades; y verdades que ningún hombre de regular buen sentido se atreverá á negar. Cuando un hecho histórico cualquiera está revestido de ciertos caracteres, su realidad se hace cierta, evidente. Un hecho histórico cierto es tan absolutamente cierto como dos y dos son cuatro, y no lo lleven á mal los señores matemáticos. Luego: *una verdad histórica es una verdad demostrada.*

Después de la certeza histórica, se nos presenta la *certeza de conciencia*. Ella comprende todos los fenómenos íntimos del espíritu ó del corazón, ó de la voluntad. ¿Quién podrá jamás en la vida persuadirme que yo no pienso en tal ó cual cosa, cuando yo observo que estoy pensando en ella? ¿O de que no amo á tal persona, cuando yo siento que la amo? También aquí hay evidencia á cuanto cabe. Estos son hechos absolutamente ciertos, y con respecto á ellos abrigo una

certeza tan completa como con respecto á las demás verdades que acabamos de citar.

Lo mismo acontece con la *certeza moral*. ¿Quién podrá jamás persuadirme de que no hay diferencia entre el bien y el mal? de que no es un mal el asesinar ó el robar? de que la impura cortesana es tan pura como la Hermana de la Caridad? de que San Francisco de Sales y San Vicente de Paul valían poco más ó menos como Cartouche y Mandrin?

Digamos lo propio de la *certeza del testimonio*, siempre en la inteligencia de cuando se halla revestido de ciertas condiciones exigidas por el buen sentido y por la sana filosofía.—¿No estáis absolutamente cierto de que existe tal ó cual país que nunca habéis visto y que tal vez jamás veréis? ¿No lo estáis de que hay un emperador chino? de que un Papa tal, gobierna hoy la Iglesia? de que se ven en Roma la magnífica basílica de San Pedro, el Capitolio, el Coliseo y las ruinas del Foro? Trátese de probaros que esto no es verdad, y por toda respuesta os encogeréis de hombros ú os figuraréis que se burlan de vos, en lo cual tendríais mucha razón. Aquí tenemos todavía evidencia, y por lo tanto certeza absoluta.

Con el mismo carácter de autoridad soberana se nos presenta la *certeza metafísica* ó filosófica. Si para mi razón es evidente que dos y dos son cuatro, no lo es menos para esta misma razón que no hay efecto sin causa, que dos ideas contradictorias no pueden ser

igualmente verdaderas, y así de todas las demás verdades filosóficas.

Podríase tal vez encontrar aún otras clases de evidencia y de certeza; mas estas son las principales. Su conjunto forma los conocimientos del espíritu humano: todas ellas son igualmente verdaderas, igualmente útiles é igualmente respetables: todas vienen á parar á este punto central y único que se llama la razón, y que hace que el hombre sea un hombre. La razón, ilustrada por medio de todas esas fórmulas de la evidencia y de la certeza, puede ser comparada con un revólver de muchos tiros. El revólver no tiene más que una sola empuñadura y una sola llave, y sin embargo dispara cinco, seis, siete tiros; y cada uno de sus cañones tiene la misma fuerza y la misma carga que los otros. El matemático, acostumbrado á no servirse más que de uno de estos cañones, no hace caso de los otros, y usa tan escasamente de ellos que acaban por enmohecerse, y los otros seis cañones, por cargados que estén, no pueden soltar sus tiros.

Podríase también comparar el fenómeno intelectual de la certeza con la luz y el prisma: á través del prisma, la luz, que es una, toma diversos matices que forman el espectro solar. El ojo que percibe uno de los matices del espectro solar, percibe la luz pero no toda la luz; asimismo un hombre especial que percibe un orden de verdades, percibe la verdad, sí, pero no la percibe toda. Aquel que niega las verdades de un orden distinto de las que él conoce, es como un hom-

bre que negase la realidad del azul, del rojo, del violado, del verde, etc., sólo porque él no ve más que el amarillo.

Es preciso que la razón y el buen sentido se sobrepongan á todo, hasta á la ciencia: sin esto la ciencia misma se convierte en un escollo, y en vez de iluminar, ciega.

Este es el peligro de nuestras grandes escuelas especiales, y sobre todo de la Escuela politécnica, de la Escuela normal, de la Escuela de medicina, y de otras escuelas por el estilo.

XXII

Del abuso que en nuestros días se hace de los estudios científicos, matemáticos y demás.

Todo el mundo está de acuerdo en rendir homenaje á la ciencia, y las chanzas que puedan atraerse los sabios no impide el que ellos sean apreciados. Pero hay dos peligros en el estudio de las ciencias: primero, el de aprenderlas superficialmente, lo que conduce á que se esté orgulloso de poseerlas; y segundo, el de aprenderlas con demasiada profundidad, con tal extensión que no quede en su mente lugar para nada más, ni siquiera para Dios.

Este doble abuso se halla á la orden del día, desde hace ya más de un siglo. Nació de la incredulidad y de las aberraciones que se titulan filosóficas de la escuela volteriana, que ha querido llenar por medio de la ciencia el vacío inmenso producido en las almas con

la exclusión de la fe. Se ha imaginado un nuevo sistema de educación diametralmente opuesto al de la Iglesia: la Iglesia, poniendo cada verdad en el lugar que le correspondía, las subordinaba con un talento y una lógica maravillosa, y la ciencia divina, la fe y la teología dominaban, como era justo, todas las ciencias puramente humanas. Vino el filosofismo, y puso de lado la Iglesia y la fe, é inventó contra ésta y aquella todo un sistema de educación y de enseñanza revolucionarias, que se pudiera llamar educación científica.

Los que en el último siglo adoptaron este sistema se equivocaron miserablemente. Se habían figurado que la educación científica era la educación propiamente dicha, mientras que no es más que una parte incomparablemente pequeña y la menos importante de la educación, pues carece de valor si no se apoya en la educación moral. Se han dedicado todos los talentos á la ciencia, y se ha hecho de la moral una especie de accesorio, un suplemento de pura conveniencia. Esta educación científica y anticristiana ha producido en menos de treinta años las horribles hecatombes del 89, del 93 y del *Terror*.

Ella ha sobreexcitado y llevado á su colmo la pasión que hoy día devora á nuestra sociedad, á saber: la fiebre de goces, y la aspiración al bienestar material y al lujo.

Ella tiende á cambiar el mundo transformándolo en un pueblo de industriales, de obreros hábiles para hacer máquinas, puentes, caminos de hierro, tejidos, hi-

lados, lienzos, algodones. Pero ¿es todo esto lo que constituye el hombre? ¿Es el hombre una máquina, un útil destinado á ganar el mayor salario, á producir los mayores resultados materiales posibles en un tiempo dado? ¿Es que no tiene el hombre otro fin que el material, el industrial, el terrestre? ¡Qué aberración!

Es que se necesita la moral para contener la acción peligrosa de la ciencia, acción mucho más peligrosa desde que esta ciencia anda sola. ¿Qué es, en efecto, la moral sino la alta dirección de la vida? ¿Y qué es esta dirección sino el conocimiento y el servicio de Dios, ó, en otros términos, el conocimiento y la práctica de la Religión? Sólo la Religión nos hace vivir en la vida real, que se resume en tres puntos fundamentales: el servicio de Dios, los deberes de estado y los deberes de familia. La educación científica, tal como la entiende el mundo moderno, no es tan sólo impotente para llenar este triple objeto: lo ignora y lo desconoce; lo ignora y se vanagloria de ignorarlo. Ella arroja al niño, y por consiguiente al hombre, y por consiguiente á la sociedad, en una senda desviada; le hace vivir fuera de la vida real, y de ahí procede un desorden incalculable, inmenso.

Ella enseña á nuestra inteligente juventud lo que en resumen puede impunemente ignorar un perfecto hombre de bien. Cuántas patas tiene una araña; cuánto pesan la luna y el sol, á cuántos millones de millones de leguas de distancia nos hallamos de tal ó cual planeta; en qué órganos se forma el veneno de la ví-

bora; cómo se verifica en el estómago de un gusano el acto de la digestión; de cuántos elementos se forma la pata de un pato, ó la hoja de un árbol, ó la piel de una rana; cuáles son las costumbres de los abejorros.... Ved ahí lo que saben nuestros jóvenes *sabios*. Cómo se justifica y se regenera su alma; lo que Dios nos ha revelado; lo que es la base de la vida, el secreto del deber y de la felicidad; ved ahí lo que ellos ignoran. Poco les importa el saber si tiene el hombre una alma inmortal; hasta acontece á menudo que niegan la existencia del alma. Su inteligencia y su corazón crecen fuera de Aquel que es la Luz, la Vida y el Amor; viven sin Dios, extraños á Jesucristo y á la Iglesia. Se les ha colmado tanto de cosas accesorias, que no hay en su corazón sitio alguno para las principales. Nada hay mejor que enterarse de lo accesorio, pero ha de ser con la condición de que se sepa primera y sólidamente lo principal, lo único necesario. Más de un siglo acá pasa todo lo contrario entre nosotros.

En Francia, toda la Universidad en peso descansa sobre esta base esencialmente falsa; la educación científica es cada día más y más su sistema; quiera ó no quiera, la Universidad es la enemiga íntima de la Iglesia, la nutridora y la congregación docente de la sociedad revolucionaria; es la poderosa máquina neumática que quita á nuestras generaciones, si no la fe, por lo menos el espíritu cristiano, el espíritu católico, el espíritu de la fe. A pesar de las virtudes privadas y del indisputable saber de sus miembros, la Universidad es,

por su misma esencia, el gusano roedor de la Francia católica; es un principio deletéreo colocado junto á la raíz misma de esta noble planta.

De la educación científica y sin fe nos ha venido ese desbordamiento de insolentes doctrinas que juzgan á Dios sin miramiento alguno y que le piden cuenta de sus decretos; de ahí también esa falange tan numerosa á cuyos individuos con tanta facilidad se da el título de sabios, cuyos individuos han usurpado una influencia ilimitada. Muy á menudo sucede que de tal modo les ha desviado la educación científica, que ni tan siquiera la posibilidad admiten de su error; y vedlos ya infalibles. Las ciencias matemáticas sobre todo se han convertido para ellos en una especie de religión; son devotos de las matemáticas; y llevando en su propio pecado la penitencia, de conocimientos esencialmente verdaderos sacan, no sólo un orgullo que les ciega, sino también errores, graves errores que les hacen caer en deplorables abismos.

Con el pretexto de que las matemáticas enseñan al hombre á raciocinar con seguridad sobre las relaciones de la magnitud, y proporcionan un maravilloso instrumento de solución para todas las cuestiones, cuyos elementos todos son ó pueden ser conocidos; con el pretexto de que las matemáticas, con todo su orden de ideas, resuelven con rigurosa exactitud toda clase de problemas, se quiere resolver todo por medio de las matemáticas; se quiere tratar, por medio de su auxilio,

una porción de cuestiones de orden totalmente distinto y cuyos elementos no se poseen todos.

Por lo demás, las matemáticas, que prestan los mayores servicios cuando se les aplica bien, desatinan por completo cuando se les aplica mal; y desatinan tanto más cuanto que el matemático, no habiendo visto la falsedad de su punto de partida, se figura que le pone á cubierto el incontestable rigor de sus deducciones. En materia de ciencia hace lo que Rousseau hizo en materia de teorías sociales: el gran sofista, padre de la Revolución, partiendo de un principio falso, sacaba las interminables consecuencias lógicas cuyo conjunto forma el Evangelio, ó por mejor decir, el Alcoran, de eso que se llama sociedad moderna.

Esto han hecho todavía con mayor ruido los sansimonianos, los fourieristas y tantos otros ideólogos, muy sabios y muy absurdos á un mismo tiempo, entre los cuales figuraban gran número de distinguidos matemáticos. Eran utopistas, inteligencias falseadas, cabezas indefinidas, hombres imposibles, rectos y sinceros muchas veces en la profesión de sus errores, pero por esta misma razón desprovistos de sentido común.

Ahí está también en el fondo el error de una porción de politécnicos, de sabios é ingenieros, á quienes con razón se atribuye un increíble absolutismo. Verdad es que no son las matemáticas ni las ciencias las responsables de esas aberraciones; es la educación racionalista que ha proporcionado el estudio impropio de esas ciencias; ved ahí la culpable.

Ella es la que hace salir al hombre y por consiguiente á las sociedades de las vías únicas verdaderas, únicas fecundas, de la vida real; ella la que ataca de frente á la fe, á la razón pública, á la verdadera ciencia y al buen sentido; ella la que inhabilita para los negocios y para las grandes empresas verdaderamente civilizadoras; ella la que hace al hombre discutidor, terco en sus propias opiniones, innovador por esencia, y menospreciador de la autoridad y de las sanas tradiciones. Ella es la que engendra la terrible raza de los semi-sabios, inteligencias falsas, orgullosos revolucionarios, descontentos de lo que tienen, idólatras de los gustos y de las ideas extranjeras, dispuestos siempre á echar por tierra lo que ellos desprecian, es decir, todo. Poseen el orgullo de la ciencia sin poseer su substancia.

Contra este deplorable sistema de enseñanza es preciso obrar enérgicamente y según la medida de nuestra influencia. Es preciso á toda costa volver á colocar la enseñanza y la educación á su verdadero sitio: la enseñanza religiosa, la moral cristiana. Es preciso por medio de la fe y de su práctica contrabalancear por de pronto, y después si es posible reformar totalmente la obra absurda é impía de los ideólogos del siglo pasado. Es preciso proporcionar hoy más que nunca á nuestras jóvenes generaciones, especialmente á las que se dedican al estudio de las ciencias exactas y matemáticas, el contraveneno de una piedad palpable, sólida y práctica en supremo grado. La costumbre de orar, que eleva al alma; la confesión frecuente, que la hace humilde,

pura y fiel, la frecuente **Comunión**, que le da fuerza y luz, con la vivificante suavidad del amor de Jesucristo; las obras de misericordia y de caridad: ved ahí lo que más que nunca les es indispensable para hacerles volver inmediatamente á la vida real, es decir, á la vida del espíritu, de la inteligencia, del corazón, y de todo lo que constituye el hombre y el cristiano. Si á una piedad viva pueden agregar la vida de la familia, se librarán en gran parte de los peligros del fetichismo moderno de las ciencias.

No me cansaré de repetirlo: la educación racionalista y científica es el azote más temible tal vez, en estos tiempos, de la Iglesia, de la Francia y de la Europa entera.

Una palabra ahora sobre el segundo de los abusos que más arriba hemos consignado, es á saber, sobre el exceso de esos estudios.

XXIII

Del otro abuso de la educación científica moderna, que consiste en el estudio excesivo.

No basta sólo estudiar cristianamente; se requiere al propio tiempo estudiar prudentemente. Y aquí nos encontramos con otro vicio radical del moderno sistema de la educación científica: este vicio es el exceso insensato, es la demasía. No se alimenta á la juventud; se la harta: no se carga el cañón; se le llena hasta la boca.

Primero se empuja á todo el mundo hacia las cien-

cias; luego hasta á aquellos que deben ser empujados á ella se les propina de ella una dosis tal que acaba por indigestárseles.

Se empuja á todo el mundo hacia los estudios científicos, matemáticos y otros; se quiere vaciar á todo el mundo en un mismo molde; se quiere que todos lo sepan todo. Ahí está la ideología en un grado superlativo. Ahí está la destrucción de la sociedad, que es el armonioso conjunto de una porción de órganos, esencialmente unidos unos con otros, pero esencialmente distintos éstos de aquellos. La vida de la sociedad, como la vida del cuerpo humano, es la resultante de mil funciones diversas, todas en su género excelentes, unas muy modestas, muy levantadas otras, pero todas necesarias, todas subordinadas, y completándose todas por medio de una recíproca existencia. El sistema moderno supone que es mucho más perfecto el que todos los miembros se transformen en otras tantas cabezas, de modo que no haya en el cuerpo ni pies, ni piernas, ni brazos, ni otro miembro alguno que dependa y sea esclavo del orgulloso cerebro. Es preciso que cada uno de ellos lo sepa todo, pueda llegar á todo, y aspire legítimamente á todo. Esto es lisa y llanamente la igualdad revolucionaria aplicada á la educación.

¿Qué resulta de ahí? ¿Y que resultará cada día más? Una sociedad de bachilleres, de individuos desautorizados, ambiciosos y no más que medianos, vanidosos é inútiles, que se mueren de hambre, que toman por

asalto los empleos, que desprecian la agricultura y el verdadero trabajo; que no teniendo que perder, traman y hacen revoluciones. Todos esos individuos, perfectamente ignorantes en materia de religión, no tienen más que desprecio para la Iglesia, que les ha sido representada como enemiga del progreso y de las luces.

Que se dediquen á las ciencias y á los estudios especiales todos aquellos que para ella tienen capacidad y cuya vocación requiere este género de estudios, es muy natural. Pero pretender que todo el mundo los abrace es una locura. ¿Qué necesidad hay de saber la química para ser buen militar? ¿las matemáticas y álgebra para ser abogado? la física, la astronomía y la historia natural para ser magistrado? ¿el griego para ser ingeniero? Si un joven tiene buena apostura, destreza, un nombre, valor y honor, ¿es justo que porque carezca de disposiciones para las ciencias, y porque no comprende la literatura griega, ni el álgebra, tenga ya cerradas las puertas de todas las carreras? No es así como trataba la Iglesia á los hombres. El mayor servicio que se podría prestar á nuestra pobre sociedad, sería mandar á paseo todo ese extravagante hato de ciencias, acumuladas por un sistema que no ha sabido ó no ha querido distinguir los conocimientos útiles á todo el mundo, de esas ciencias especiales que no son necesarias más que á determinadas profesiones.

En cuanto al número esencialmente limitado de aquellos cuya aptitud impele más especialmente al estudio de las ciencias, la educación científica moderna

les fatiga y acaba por rendirles. Para entrar en todas esas escuelas especiales que no hacen más que enseñar los rudimentos de las carreras, se requiere un número de conocimientos que es imposible tener. El joven que se presenta á exámenes se ve precisado á hacer frente por sí solo á ocho ó diez hombres especiales que no se burlan; y ese infortunado tiene que ser fuerte en todo, en literatura, en latín, en griego, en historia, en geografía, en aritmética, en geometría, en álgebra, en física, en química, en historia natural, en geología, en cosmografía, en astronomía!!!.... No hay otro método más seguro para lograr que para siempre aborrezca la ciencia una desventurada juventud, cuya cabeza se halla enredada y, por decirlo así, obstruida con esa amalgama de conocimientos indigestos.

Principalmente en el estudio de las ciencias matemáticas es donde más palpable se hace este abuso, porque estos son estudios más abstractos y que requieren una atención más continua. La mayor parte de esos pobres jóvenes que durante tres, cuatro y cinco años consecutivos se han alimentado casi exclusivamente de abstracciones, casi dan lástima de ver: su juventud languidece y su inteligencia se consume, rendida por ese insostenible trabajo. Altéranse á la par su salud y su talento; y gastados por un trabajo forzado, como gastan á otros las orgías, á muchos se les ve perecer en la flor de su edad. A esos infelices en la jerga escolar se les da el dictado de *toníos*.

El estudio racionalista y exagerado de las ciencias,

tal como hoy se practica, es por lo tanto un abuso lamentable, contra el cual reclaman á la par la fe y el buen sentido. Rebaja el nivel de las almas, y encorva al hombre hasta la tierra, alejándole de su eterno destino.

Los Angeles del monte de los Olivos decían á los Apóstoles y á los quinientos discípulos que acababan de ver al Señor ascendiendo corporalmente al cielo: “¿Por qué os quedáis así con los ojos fijos en el cielo?” A los hombres de nuestro tiempo se les debe decir todo lo contrario, pues se les debe preguntar: “¿Qué tenéis, pues, con estaros así mirando siempre la tierra, no pensando más que en la tierra? Mirad arriba: vivid donde está la verdadera vida.”

XXIV

Cuán absoluta, razonada y profundamente científica es la certeza de la fe.

Con la certeza de la fe pasa lo que con otra certeza cualquiera: es razonada, y por consiguiente razonable; es científica, que equivale á decir que está demostrada á los ojos de la razón; y es absoluta como toda verdad lo es. Vais efectivamente á verlo.

Todo el edificio de la fe cristiana y católica descansa en los hechos. “No es, decía el apóstol San Pedro á los primeros cristianos, no es por medio de sabias teorías como os hemos anunciado la venida de Nuestro Señor Jesucristo, sino con el título de testigos ocula-

res de sus grandezas (1).” Y San Juan proclamaba igualmente este carácter histórico de la predicación evangélica, cuando decía: “Lo que nosotros hemos oído, lo que con nuestros ojos hemos visto, lo de que por nosotros mismos hemos podido convencernos, lo que con nuestras manos hemos tocado respecto al Verbo de vida, es decir, á Jesucristo, esto es lo que atestiguamos y lo que os anunciamos (2).” Y como si esto no fuera todavía suficiente, repite el Apóstol: “Sí, lo que hemos visto, lo que hemos oído es lo que predicamos, á fin de que participéis de ello con nosotros.” Los Apóstoles, primeros predicadores de la fe, fueron testigos, meramente testigos.

El Cristianismo, pues, descansa en hechos, en los hechos de Cristo en el Evangelio, y secundariamente en los de los Apóstoles.

Además, nada hay tan sencillo y á la par tan racional, tan científico y tan absoluto como la certeza de un hecho: es la certeza histórica de que hace poco hablabamos. La certeza de los hechos apostólicos es de tal modo luminosa, y se hallan estos hechos rodeados de tales garantías de verdad, que en cuanto se pretende atacarlos hay ya necesidad inmediata de salirse de todas las reglas conocidas de la lógica, de la recta razón y del buen sentido. Los que los niegan se ven precisados á establecer reglas de crítica tan absurdas ó á re-

(1) Epist. II, I, 16.

(2) Epist. I, I, I.